

do distinguir inmerecidamente mis desvelos científicos, el que fuera yo, un ampurdanés enamorado de su danza, quien se topara con el primer testimonio gráfico de la Antigüedad hispana que se puede referir a una danza de hombres y mujeres en rueda. Ha sido éste uno de los hallazgos que más me han emocionado durante mi vida científica.

El hallazgo tuvo lugar en 1934. Me encontraba yo entonces al frente del Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia, en momentos difíciles para este organismo. No pudiendo continuar las grandes excavaciones que antes habíamos iniciado, me dispuse a intensificar la exploración del Cerro de San Miguel, en Liria, donde se encontraba abundante cerámica ibérica con rica decoración, incluso de figuras humanas. En junio y julio de dicho año emprendimos los primeros trabajos-metódicos. Me acompañaban varios de los colegas valencianos. Entre ellos quiero recordar a don Isidro Ballester, fundador del Servicio; don Mariano Jornet, don Francisco Porcar, que puso su casa de Liria a nuestra disposición y que años más tarde se convirtió en un apasionado de la sardana y del Ampurdán, los tres fallecidos ya, y mi capataz Salvador Esp.:

El cerro de San Miguel de Liria estuvo ocupado por una verdadera ciudad ibérica (la edeta o la Lauro de los textos, una de las capitales de los edetanos, con las casas en sus laderas de fuerte declive, en una urbanización complicada por la difícil topografía. Queda un pequeño estrato en los restos de las habitaciones y en él, apenas hay otra clase de vestigios que la cerámica.

Está vivo en mi recuerdo de la emoción de aquellos días, observando los motivos y figuras que se adivinaban en la cerámica que sólo después de un cuidadoso lavado podía apreciarse en todo su valor. Ante nuestro asombro aparecieron en aquel verano de 1934 algunas piezas capitales para la historia de España. Las escenas de lucha, caza, culto, se realizaban con numerosas inscripciones en alfabeto Ibérico. Entonces apareció aquella famosa ins-

cripción GUDUA DEITSREA que acompañaba una escena guerrera y que tantas discusiones ha promovido, siendo el comienzo de un renovado fervor por el vasco-iberismo.

Cuando escribo estas líneas, no tengo a mano el diario de excavaciones. No puedo por tanto precisar qué día vieron la luz los fragmentos a que voy a referirme. Se trataba de unos cuantos trozos de una pequeña vasija cilíndrica con estrecho reborde plano, la



forma del KALATHOS griego que vulgarmente solemos llamar de sombrero de copa. Una rebusca cuidadosa permitió encontrar algunos otros fragmentos de este fino vaso pero no reconstruirlo por entero. En sus paredes se adivinaban figuras de hombres y mujeres, pero hasta que se procedió al lavado de los pedazos y se dispusieron éstos uno junto a otro — en ese rompecabezas arqueológico que es una de las grandes distracciones del excavador — no pudimos darnos cuenta de lo sensacional del descubrimiento. Inmediatamente yo lo bauticé con el “vaso de la sardana”; en realidad, como apreciará el lector, mejor habría sido llamarle el “vaso del contrapás”.

Sobra la descripción de las figuras ante el grabado que damos. Un hombre y una mujer van delante tocando flautas y siguen tres hombres y cuatro mujeres dándose las manos y saltando. Tenemos pues a los músicos — la primera cobla conocida — y a los danzantes. Estos, en especial las mujeres, van vestidos de gala. Aquéllas aparecen con su mantilla menos exagerada que las que llevan otras damas figuradas en los vasos de Liria. Una larga túnica con flecos o adornos cubre su cuerpo dejando sólo ver los pies calzados, con altos tacones. Llevan joyas que nos señalan el orden jerárquico de las damás; la más enojada es la primera, sigue otra que lleva menos joyas y las dos últimas aparecen más pobremente ornadas. El traje de los

hombres es más difícil de precisar: parecen llevar una especie de faldellín con tirantes cruzados.

Tenemos pues una danza que podría compararse al moderno contrapás, aunque la curvatura del vaso y la imposibilidad de representar en un mismo plano a músicos y danzantes puede sugerir que en realidad estos últimos formaban un círculo. Se trata en todo caso de lo que podemos llamar una protosardana, que se bailaba en las costas levantinas de España hace 2.500 años. Nuestro vaso, que se guarda en el Museo de Prehistoria de la Diputación de Valencia se usó, probablemente, alrededor del año 100 a. de J. C., pero es natural que supon-

gamos que la danza representada era de origen mucho más antiguo, algo ritual que merecía ser conmemorado en la vajilla de lujo. En otras vasijas de Liria aparecen músicos de ambos sexos tocando instrumentos diversos, pero no hay ya otra escena de danza.

Aun tenía otro mérito el vaso que describimos. En su reborde plano, al igual que ocurre en bastantes vasijas lirianas, se lee una inscripción escrita en los enigmáticos caracteres ibéricos que hoy podemos por fortuna leer aunque no entendamos su significado, pues desconocemos la lengua que hablaban nuestros abuelos de entonces. La inscripción puede transcribirse así: ABARDANBAN BALKEUNI. Teniendo en cuenta que la partícula BAN debe significar DE, a veces hemos dejado correr la fantasía y hemos imaginado que esa inscripción se pudiera traducir DE (aquí el nombre de la danza en el que figura la partícula ABARDAN) BAILADORES.

No tengo ninguna duda de que la misma Liria o cualquiera de los numerosos yacimientos ibéricos todavía por excavar en Levante, nos darán nuevas ilustraciones sobre las danzas ibéricas que completarán la que el “vaso de la sardana” nos muestra y acabará un día por entenderse el significado de aquella inscripción.

LUIS PERICOT